

á exhalar la palabra, que lo compendia y lo explica todo, el nombre de Dios. Una genealogía de mujeres brilla junto á esta genealogía de varones. La Biblia, no tan avara de sus nombres como con la mujer de Noé, las menciona y las designa. La madre de Javal se llama Ada y la madre de Túbal se llama Zilla. Y Túbal tiene una hermana, la cual se denomina con el dulce nombre de Naama. Y Naama quiere decir suavidad, quiere decir delicadeza, quiere decir ternura. Por consecuencia, todo está preparado, el campo y el trabajo, el instrumento de combate y el suelo de las pródigas fecundaciones, los brazos del hombre y los espacios del planeta, para que la cepa brote, y extienda sus sarmientos, y se corone de pámpanos, y dé, al cabo, esos racimos de jugo fortificador y oloroso, el cual parece como savia de vida, como licor mágico derramado en las venas del hombre para encenderlas centuplicando su íntimo sér y enrojeciendo su esencial sustancia.

Mientras la genealogía de Caín, que acaba con Túbal, se distingue por sus esfuerzos y por sus combates, la dinastía de Set, que acaba con Noé, se distingue por su quietud y por su paz. Con saludar tan sólo el santo libro, descúbrense que ha esta dinastía vivido en los hábitos tradicionales al verdadero labrador y contentádose con beneficiar humilde y modestamente la tierra. Esta paz interior se conoce

con sólo mencionar los nombres de todos aquellos que la representan, como el viejo Matusalén, aquel que vive tantos años, ó como el justo Henoch, quien caminó con Dios y desapareció porque Dios le llevó. Si la genealogía fuerte y batalladora de Caín concluyó por producir una suavísima Naama en la gemela de Túbal, imaginaos qué mujer tan delicada y tierna sería la destinada por Dios á vivir juntamente con el patriarca Noé y á sacar de los surcos el vino nuevo encerrado en las hermosísimas y olorosas uvas. No hay que dudarlo, el género humano ha dado importancia grande á la invención del vino. Tras tantos siglos, después de haberse los cultos espiritualizado en la medida que los vemos hoy, todavía bajo la bóveda de catedrales consagradas al Dios espíritu, y en torno de cuyas lámparas aletean enjambres de puros pensamientos metafísicos, el sacerdote ofrece ante los altares y sobre las aras libaciones de vino al cielo como la mejor entre todas las ofrendas. La participación del cáliz á los laicos ha de tal modo agitado á la especie humana, que ha producido guerras cruentísimas, cuyo recuerdo todavía nos entristece y nos espanta. Un dios ha tenido el mundo antiguo para el vino, un dios llegado en peregrinación larguísima de la India, seguido por turbas de bacantes, artífice de las más alegres melodías, personificación del placer,

verdadero tipo del exceso en la vida y de la plenitud en el sér. Indudablemente no han sido los arios, no, quienes han descubierto el vino. La invención de tan vivificante licor se debe á los semitas. El ario usaba desde tiempos inmemoriales bebidas fermentadas que no provenían ciertamente del zumo de la uva, y que, rebosantes, se caían de copas tales como la copa de Indra. El hidromiel, esa bebida presentada bajo los árboles de Dodona, en las armoniosas aras de Delfos, sobre los bellos altares helenos, indica bien claramente que no tuvo el vino entre los arios la importancia del vino entre los semitas. La poesía hebraica y sus efusiones líricas encontraron una cantera de tropos hermosos en la vid, en el vástago de la vid ó sarmiento, en el pámpano verde por la primavera y purpúreo por la otoñada, en el polen de las viñas, en el racimo hermoso, en la benéfica vendimia, en el oliente lagar donde rebosa el mosto. Noé y la mujer de Noé se hallan unidos á la vid, y por eso personifican una metamorfosis tan trascendental de la tierra.

No puede nunca encarecer la historia todos los beneficios hechos por el agricultor al género humano con haber pulido y vivificado la tierra. El manso corderillo que ofrece sus lanas, el gusano que hila sus sedas, el florido almendro que anuncia y

profetiza la feliz primavera, el azahar oliente, la miel sabrosa, las harinas que sustentan el cuerpo y calman el hambre, los prados en que muge contento el buey, los rediles donde sestean las ovejas, el dátíl coronado por su diadema de palmas, el chumbo metido en su espinoso y fuerte zurrón, desde la castaña que brilla entre las verdes hojas hasta la nuez que huele por tan suave modo, el animal doméstico en sus palomares y en sus corrales, todo sirve y en tal manera los humanos progresos y la transformación maravillosa del planeta, que nunca jamás agradeceremos á Noé y á su mujer el que nos hayan traído la vid, y con la vid una esencial parte de nuestros mejores alimentos. Todas las faenas del campo tienen una gran poesía, pero ninguna como la vendimia. De antiguo, muy de antiguo, los pueblos han creído de su deber celebrarla con bailes, cantares y demás regocijos. Nada tan hermoso como ver en las campiñas del Mediodía los grupos de jóvenes y alegres vendimiadoras que van cargando las carretas tiradas por bueyes coronados de flores y circuídas por danzas regocijantes que mueven mil canciones báquicas inspiradas en la más delirante alegría y capaces de agitar los más inertes objetos en aquella embriaguez de la vida. El sarmiento que va poco á poco secándose, el pámpano áureo y purpúreo que cae á manera de

lluvia, los racimos pintados y olorosos, los cernachos henchidos, las tablas del lagar enrojecidas, el mosto embriagador que corre ardentísimo, el delirio de los sentidos por todas estas emanaciones de vida trastornados, en tal modo alegran y regocijan á los pueblos, que ha pasado la vendimia en todos los idiomas á verdadero sinónimo de gozo y de placer. El mundo antiguo tuvo en su Baco la representación del vino. Y Baco fué uno de los últimos dioses griegos, como Noé fué uno de los últimos patriarcas prehistóricos. La transformación de Baco representa los progresos de la viña. Primero aparece como un dios indio, vestido con el traje sacerdotal, representando la llegada próxima de la vida á Grecia desde el Asia. Luégo una mitra lo corona, símbolo verdaderamente asiático, pero mezclada ya con las guirnaldas griegas. India, Frigia, Tebas, nos lo presentan en su juventud, apoyado lánguidamente sobre un tronco ceñido de vides, la hiedra y los pámpanos en las sienes, el tirso y la copa en las manos, la máscara de la comedia recién nacida sobre los carretones de las vendimias al pie. Mentábase tanto la hiedra entre los antiguos, porque tradicionalmente acostumbraban á usarla contra la embriaguez. Los animales báquicos son naturalmente aquel asnillo del sileno que lleva sobre sus lomos la vendimia y aquella liebre que represen-

ta la fecundidad. Y si á tan pacíficos animales como éstos y el cabrito únense las panteras y los tigres que tiran de los carros báquicos, es por el carácter asiático de tal divinidad. Baco es un complemento de Apolo, porque también la embriaguez, como la luz, presta inspiraciones. En la copa de Baco se hallan muchas ideas. Lo cierto es que los cultos báquicos, en los cuales se sacrificaban toros coronados de flores y se oían voluptuosísimos cantares, vienen como á significar en el mundo un exceso en la vida y en las pasiones propias de la vida.

Pero no es así como nosotros nos representamos á la mujer de Noé. Nada en ésta de aquellos címbalos que recuerdan las palpitaciones de la sangre movida por la embriaguez. Nada tampoco de aquellos silenos que no pueden sobre su asnillo sostenerse á causa de lo mucho que han bebido. No busquéis allí las copas rebosantes, los tirsos terminados por piñas, las flautas de dos tubos, los toros coronados de guirnaldas, los cabritos con sus cuernos áureos, los faunos con sus pieles de leopardo, las danzas báquicas, los sátiros borrachos persiguiendo á las ninfas por los viñedos y bajo las espesas sombras de los floridos bosques. La mujer de Noé sólo representa en esta natural ausencia de divinidades, muy propia del semitismo, la esposa labradora que comparte con el esposo la dirección del común tra-

bajo. Y en ella se personifica lo mucho que ha menester de las cooperaciones femeniles todo humano esfuerzo y más aquel que por fin y postre se remata y se corona en el seno de nuestros hogares. La vendimia termina en la casa. Los lagares, que han de destilar el vino, deben hallarse á la vista, y so la mano de sus dueños. La mujer hacendosa debe despertar á los jornaleros y á los ganados antes del alba, proveer á los enseres indispensables para la faena del día, ocurrir al alimento de todos, aguardar la llegada feliz de los frutos, presidir la distribución de éstos, vigilar el cumplimiento de los deberes varios, proveer después á la cena y procurar á jornaleros y á sus domésticos, sea cualesquiera la forma del hogar, caverna, choza, tienda, ó casa, el sueño y el reposo. Desde los remotos tiempos quiere un común sentir que no alce cabeza el agricultor y no prospere sino cuando la mujer le auxilia en su trabajo y coopera con todas sus fuerzas al atrojamiento y al ahorro. Así nos representamos la esposa de Noé como la próspera casera que cuida solícita del producto de la vendimia en el trabajo diario. No de otra suerte nos la ofrece la Biblia exenta de toda la mitología que ornaba con sus mil relieves la invención del vino en las viejas fábulas de las religiones arias.

Parece imposible que, representando en la crea-

ción un papel tan importante, y cumpliendo en la historia un ministerio tan trascendental esta mujer de Noé, la Biblia se haya reservado su nombre. Y, sin embargo, en sus entrañas las tres razas fundamentales del mundo antiguo se forman, y madre la llaman semitas, arios, hasta los negros, si hemos de creer las tradiciones hebreas. Ya puesta en el campo la viña, ya preparado el zumo reparador, nada tan congruente con todo lo que acontece por tal período como que Noé bebiera largamente del vino allegado á tanta costa. Y habiendo bebido, nada tan propio del nuevo licor y de la humana inexperiencia como que aquél embriagase á ésta con sus naturales vapores. En efecto, Noé bebió mucho y no pudo contenerse. La bebida se le subió á la cabeza, y en tal estado entróle aquella especie de pesadísimo sueño que acompaña á la embriaguez y que paraliza todas las facultades. Noé se durmió y se durmió desnudo. La desnudez y el sopor provocaron la risa de su hijo Cam. Burlóse de su padre y de la descompostura de su padre Cam, y nada hizo para guarecerla contra otras risas y otros insultos. Compacióse su hijo Sem y cubrió su desnudez. Ayudóle con satisfacción en esta obra Jafet, y de aquí provienen las razas fundamentales humanas. Cam recibió la maldición paterna. Su nombre indica fuego, calor; su crimen se parece mucho al crimen

de Caín. La piel se le vuelve negra, los desiertos más cálidos y los cielos más encendidos quedan para su habitación. La suerte quiere que sirva por siempre y en servidumbre perdurable á sus hermanos. De aquí, de tal historia, dedujeron muchos pietistas justificaciones criminales é increíbles á la esclavitud. Hay quien dice, y en obras muy graves, que Cam se prendó locamente de su propia madre, y que la maldición de Noé cayó sobre tal amor incestuoso. Pero lo cierto es que las tres razas fundamentales de los viejos continentes se relacionan á una con la historia de Noé y con su embriaguez. Sem, que al verlo tendido sintióse tocado por el filial afecto y empezó antes que nadie á darle pruebas de su próspera solicitud, representa la predilecta raza semítica en los planes providenciales apercebida por el Criador mismo á recoger su nombre, grabarlo en sus santuarios y transmitirlo á la posteridad. Ciertamente que tiene un cooperador y copartícipe á esta piedad filial, su hermano Jafet. Pero el primer impulso, la primera idea, la iniciativa, digámoslo así en habla moderna, pertenecen al patriarca destinado en los decretos providenciales á representar los semitas, y, por consecuencia, la semítica raza será sacerdotal en el mundo, quien guardará el depósito sacro de un monoteísmo destinado á ser como la raíz de toda moral.

Con esta historia se relaciona estrechamente, como sabemos, el destino de los pueblos futuros. Sem dará de sí la raza judía y árabe. Jafet dará de sí las nobles y brillantes familias arias. Cam dará de sí los pueblos negros. El primero concebirá el monoteísmo y lo guardará en sus templos. El segundo errará durante mucho tiempo en las vías del paganismo; pero, al fin y al cabo, volverá de nuevo á la religión monoteísta. El último adorará los árboles, los animales, cuando más los astros; pasará del fetichismo á religiones idólatras y materialistas, ceñido como por una cadena incontrastable á una esclavitud irremisible, y si al fin y al cabo llega en algún tiempo á emanciparse, deberálo por completo á sus dos hermanos, fieles, sobre todo, al Dios desacatado por él con las irreverencias hechas á su padre, devoto predilecto de la divinidad. Como se ve, toda la historia del mundo y todo el ministerio desempeñado por las razas antiguas vienen á enlazarse con esta mujer de Noé, cuyo seno ha llevado los tres primeros fundadores de las tres primitivas razas. Ciertamente que no entran en este cuadro familias de pueblos muy considerables y muy extensas. El historiador sacro nada menciona de aquellos esquimales perdidos en los hielos del Norte, nada tampoco de aquellos mongoles que debían atormentar á la tierra y poner sus libros infieles en el sacro si-

tio reservado á los libros santos, nada tampoco de chinos y de malayos, nada de los pueblos esparcidos por la fecunda Polinesia y llamados á tan especiales destinos históricos en el plan de la Providencia. Pero todo esto pende, á no dudarlo, del escenario un tanto restricto donde se mueven los hebreos y del peculiar libro suyo que coloca exclusivamente al pueblo escogido en el centro de todos los pueblos. Tal consideración, en verdad, no empece al ministerio desempeñado y al fin cumplido por la mujer del patriarca predilecto en las escenas terribles del diluvio.

Castigo material esta catástrofe á un desorden moral, indudablemente se preservó la familia de Noé por virtuosa y ordenada. Pues bien, esta virtud no creciera en ella ni se arraigara sin la doctrina y sin la enseñanza de una madre virtuosa, de una mujer modelo. Debíó, pues, tener tanta participación en los hechos por los cuales Noé se atrajo las bendiciones divinas su mujer como él mismo. Así, cuando la hora del diluvio se acerca, la primera persona designada por Dios para la excepcional salvación, después de Noé, leed la Biblia, es su mujer. Y no queremos hablar de los cuidados que le merecerían tantos seres puestos bajo su custodia en aquellas siniestras horas del diluvio. Y no queremos decir cuántos afanes había de costarle alzar de

nuevo sobre aquellas removidas é inundadas tierras la tienda patriarcal y poner al amparo de su benéfica sombra la familia. Luégo, más tarde, cuando comienzan los afanes del agricultor y se necesita la indispensable cooperación de una mujer en ellos, ¡qué de penas y desvelos no se tomaría esta segunda Eva redentora por toda su familia y por los trabajadores á su hogar adscritos en esta grande transformación de la naturaleza! El ministerio de la mujer, aunque modesto y humildísimo, completa en tal manera el ministerio de su marido, que no puede comprenderse uno sin otro ni explicarse. La mujer hacendosa, casera, pródiga, que ahorra trabajo y gasto, representa un lado entero del trabajo agrícola. La vid, la uva, el vino, elementos fortalecedores de la humanidad, acaso no los allegáramos nunca sin el providencial cuidado que la mujer de Noé se tomara en la obra verdaderamente providencial confiada por Dios á su familia. Ella es la madre de tres razas tales como la raza que nos ha dado la idea de Dios, ó sea la raza semita; como la raza que nos ha dado la idea del derecho y la idea del progreso, la ciencia y el arte, ó sea, la raza aria; como la raza que más ha padecido sobre nuestro planeta en una especie de crucifixión perdurable, ó sea la raza negra. Pero esta madre de tantas razas diversas, felices é infelices, libres y esclavas, negras y

blancas, cuyas obras llenan el mundo y completan la creación, después de haber dejado tanto de sí en el planeta, no tiene, parece imposible!, ni siquiera un nombre hoy en la historia. Ya lo hemos dicho y nunca nos cansaremos de repetirlo; esto solamente demuestra la inferioridad en que los tiempos antiguos tuvieron á la mujer y la poca estima que alcanzaron sus altas facultades, sus obras de redención, su virtud creadora, su divino ministerio. Pasan por la Biblia mucho antes de que aparezca la esposa del patriarca Noé, otras muchas, unidas con personajes bíblicos menos importantes, y tienen su nombre que perdura en mil generaciones. Esta mujer de Noé, que se levanta en el desierto de las edades, á la puerta de una época trascendental, y que deberíamos llamar geológica, no guarda ni siquiera un propio nombre que la distinga ni apellide. Mas la injusticia no puede llegar hasta desconocer que sin ella nunca hubiéramos vencido en esta lucha titánica de la humanidad con el mal.



SARA

Tras las grandes edades geológicas veamos ahora con recogimiento y devoción los tiempos verdaderamente patriarcales. Al patriarcado le toca, por derecho propio, la honra de haber establecido en la tierra como el germen y el rudimento de las primeras sociedades humanas. Sin esa grande autoridad, á veces excesiva, del patriarca, no se hubiera fundado la familia, sin la familia no hubiera venido la tribu, sin la tribu el pueblo. Nacen los individuos en la humanidad naturalmente sociables, como nacen libres, como nacen inteligentes; pero el individuo no constituye, no, el germen social. Este germen se halla en los instintos de comunicación por todo extremo naturales al hombre. Podrá el ruiseñor entonar su cántico para tener fija y embobada la nerviosa móvil hembra sobre su nido; el hombre canta para que le oigan los demás huma-